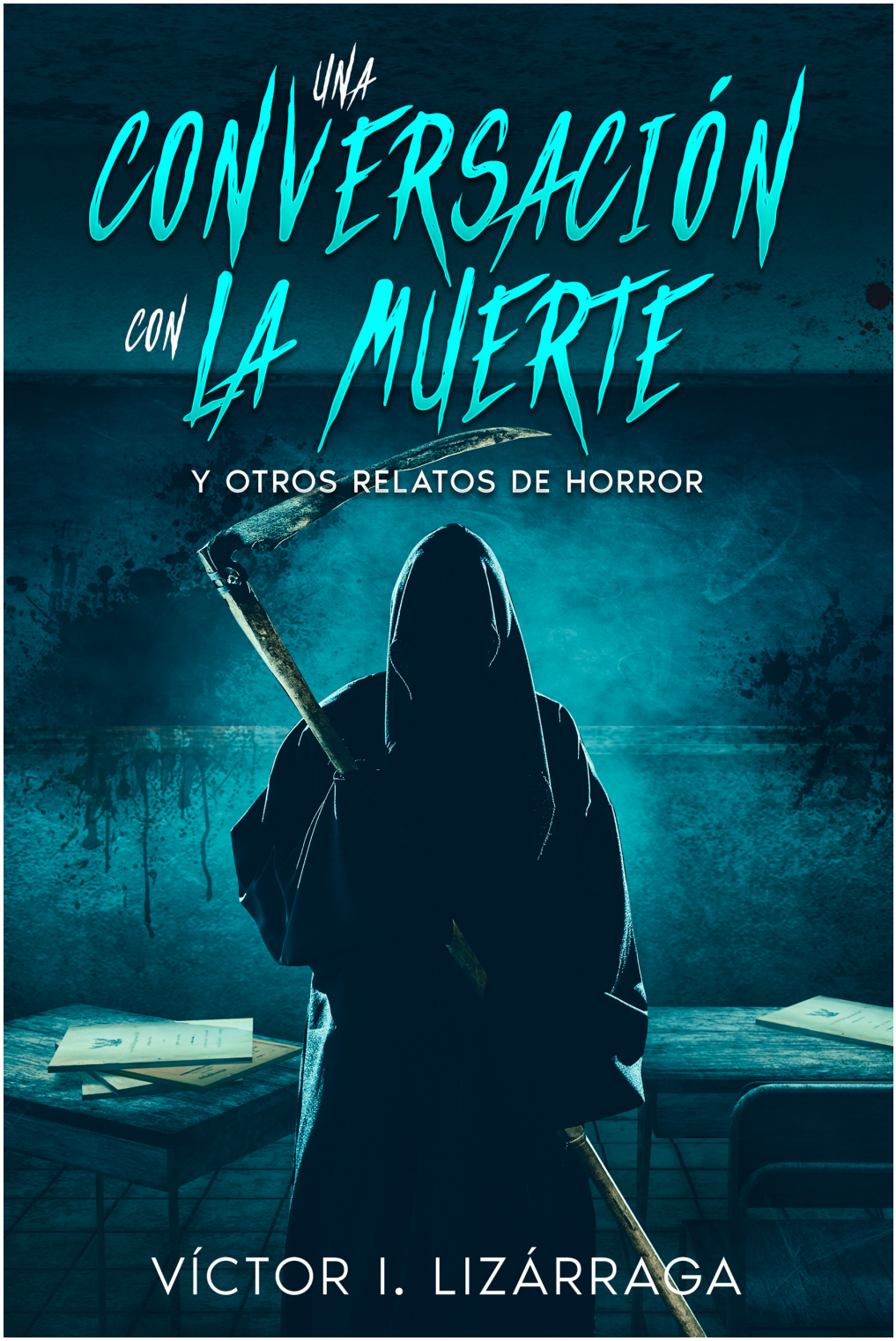
Una Conversación con la Muerte

Víctor I. Lizárraga



Capítulo 1

Compra mi libro en
Amazon: https://www.amazon.com.mx/dp/B0CD2VZHGN

Acabo de despertarme y lo primero que pasa por mi cabeza es una serie de preguntas: ¿Dónde estoy? ¿Cuánto tiempo estuve dormido?

Me encuentro en lo que parecer ser un salón de clases, estoy solo en el lugar, sentado en un mesabanco. Poco a poco mis pensamientos se van aclarando, intento levantarme, pero mis rodillas apenas y me responden. Permanezco sentado un momento más sosteniendo con mis manos la mesa en un intento inútil por levantarme. Vuelvo a mirar a mi alrededor esta vez prestando más atención. El aula esta pintada de color blanco mientras que los asientos están pintados de negro en su totalidad. En frente se encuentra un pizarrón de tiza y a un lado hay un escritorio también pintado de negro, no hay nadie más en el lugar. Por un momento viene a mi mente un pequeño recuerdo, de la época en la que no era más que un insignificante niño de primaria. Recordé esas contadas pero divertidas ocasiones en las que algún compañero se quedaba dormido en clase; algunos maestros lo levantaban con una expresión divertida en sus rostros, mientras que otros pocos intentaban jugar a los graciosos y nos hacían salir del salón para que el pobre alumno desafortunado se llevara una sorpresa al despertar y encontrar todo vacío. Así era como me sentía ahora, pero esta vez existía una sensación de incertidumbre, sobre todo porque no soy estudiante de primaria, de hecho, ya tengo veintisiete años.

No tengo ni la más remota idea de como termine aquí. ¿Hoy debería ser domingo? Eso creo. Entonces existe la posibilidad de que la noche anterior estuviera bebiendo de más y terminara en un salón de clases, aunque eso no tenga ni pies ni cabeza. Claro, cabía la posibilidad de que alguno de mis amigos decidiera gastarme una broma y me terminara trayendo a este lugar. Gustavo Ojeda es un gran amigo mío desde que entre a la universidad, pero también tiene un potencial enorme en ser un perfecto imbécil y prepararnos jugarretas como esta. Jamás olvidaré la vez en que estábamos toda la pandilla en una fiesta y pensó que sería una gran idea meter un puñado de cebollitas en los pantalones de Kevin Partida mientras hablaba con una chica en un intento por acostarse con ella. Aunque reconozco que no pude evitar formar una pequeña sonrisa, también soy el primero en admitir que fue algo estúpido y peligroso. Todo eso logra dar validez a mi teoría de que esto se trata de una broma, aunque una muy extraña y fuera de lugar.

Vuelvo a hacer el intento de levantarme y esta vez lo consigo. Al fin, todo mi cuerpo vuelve a funcionar con regularidad. Observo el aula por tercera vez, aunque fuera algo repetitivo e inútil no podía evitarlo, algo dentro de

mí me decía que mis ojos me estaban engañando y que en realidad no estaba solo.

El mesabanco en el que estoy sentado está ubicado justo en el centro del salón. Las ventanas se encuentran a mi lado izquierdo, decidí avanzar hacia ellas para mirar afuera y ver si tenía suerte de darme una idea de qué escuela se trataba. Sin embargo, cuando moví hacia un lado la cortina de tela ligera. El sol golpeaba con toda su fuerza y no podía vislumbrar nada en absoluto. Coloque la cortina en su posición inicial y camine un tanto confundido a la puerta.

Mientras avanzaba me percate de que mis bolsillos estaban vacíos. Mi celular, mi cartera y mis llaves habían desaparecido. Lo más probable es que fuera parte de la broma organizada por Gustavo. Bien, la próxima vez que lo vea estoy decidido a meterle un cohete por el culo, para estar a mano en lo que se refiere a “bromas”.

Intente abrir la puerta, pero estaba atascada. Fantástico, si esto también era parte de la broma yo continuaba sin encontrarle la gracia. Levante una mano y le di un ligero golpe a la puerta debido a la irritación que se acrecentaba dentro de mí. Esto ya era demasiado y lo único que quería era irme a mi casa para poder descansar un poco antes de regresar a la rutina del trabajo.

Mientras mantenía mi mano en la puerta y cerraba los ojos en un intento de tranquilizarme sentí que alguien más se encontraba presente en la habitación. Estaba convencido de que lo que se encontraba detrás de mí era lo mismo que me hizo revisar el salón con la mirada en tres ocasiones. Fue como si el tiempo se detuviera en ese mismo instante. Quería voltear, pero a la vez sentía pavor por lo que podría ser. Permanecí ahí sin abrir los ojos, pero sabía que tenía que hacerlo antes de que las cosas se pusieran peor. La presencia detrás de mi podría aprovechar y lanzarse sobre mi para asesinarme o algo por el estilo; tal vez estuviera exagerando, pero cuando tienes todos los sentidos de tu cuerpo trabajando a toda máquina hasta la idea más absurda pasa a convertirse en una situación posible.

Abrí los ojos y bajé mi mano despacio. Respire profundo y me arme de valor para darme la vuelta y encarar a lo que fuera que me acompañaba dentro del salón de clases. Me giré despacio, sintiendo que en cualquier momento algo terrible pasaría. Cuando me di la vuelta completa pude ver que a un lado del escritorio se encontraba alguien. Era una figura alta, las sombras cubrían casi todo su cuerpo, lo único que pude distinguir fue una larga túnica y capucha de color negro que formaban parte de su vestuario. Pese a que no podía verle la cara desde la distancia donde me encontraba, me pareció detectar un ligero destello blanco en sus ojos. Todo aquello en conjunto era suficiente para que hasta el más valiente saliera corriendo como alma que lleva el diablo. Pero en vez de que mi miedo se

acrecentara, no pude evitar sentirme mucho más tranquilo, por más extraño que suene.

Me quedé de pie en donde estaba, ninguno de los dos decía nada. En vez de ponerme a gritar y golpear con fuerza la puerta esperando que alguien me escuchara y fuera a rescatarme, la sensación de tranquilidad se acrecentaba cada vez más en mi pecho.

Sentía que los minutos pasaban con una lentitud anormal, ¿aquella figura iba a hablar o solo seguiría observándome hasta aburrirse?

—Hum… ¿Hola? —pregunte dudoso.

—Leonardo Camez —respondió la silueta, su voz era femenina y tenía un ligero toque de frialdad—. Acércate.

Me quedé helado, esa persona (o fantasma), sabía mi nombre, y ya no era solo su presencia lo que generaba autoridad, sino también su voz, pese a que no levanto su tono.

Seguí de pie donde estaba, ninguno de los dos se movió.

—Acércate —repitió ella—. Por favor.

La ligera sensación de pánico volvía a remitir mientras que la sensación de seguridad volvía a tomar el control. Supongo que todo se debía de nuevo a lo extraño de la situación. ¿Quién no se espantaría al escuchar su nombre proviniendo de alguien que jamás habías visto en tu vida?

Comencé a avanzar lentamente, confiando en la tranquilidad que se acrecentaba en mi pecho. Cuando ya me encontraba a un metro y medio de distancia pude distinguir que su cara era de un color verde pálido, sus ojos estaban completamente en blanco y pude notar algunos mechones de cabello negro que no eran cubiertos por la capucha. Aun con eso el miedo ya no volvió, al contrario, el sentimiento de tranquilidad se había apoderado de mí, pero antes de que pudiera dar un paso más ella levantó una de sus manos y me detuve en seco. Señalo con su mano a todos los asientos que estaban a mi disposición. No tarde en comprender que quería que me sentara para conversar, pero aun con cierta distancia.

Me senté en el tercer asiento de la segunda fila, estaba de cara al escritorio. Me senté mientras que la silueta permaneció de pie donde estaba. Por un momento me llegué a sentir un poco ridículo por estar sentado en un aula de clases, como si fuera una especie de niño crecido e inmaduro que volvía a ser castigado y la silueta fuera la maestra que se encuentra al borde de estallar en ira por mi comportamiento.

Pero no era un alumno, y ella no era una maestra. Estaba seguro de que no existía peligro alguno, pero aún seguía sin saber por qué estaba ahí.

—Listo —dije—. Aquí estoy sentado. Pero aún no entiendo, ¿quién eres tú?

—Te doy solo una oportunidad para que intentes adivinar —respondió ella. Una ligera y casi imperceptible sonrisa se dibujaba en su rostro.

En mi mente se formularon dos respuestas: una coherente y otra que sonaba bastante ridícula, pero que algo me decía que era una posibilidad real. De todos modos, no quise arriesgarme y respondí con lo que me parecía más coherente.

—¿No serás parte de la broma organizada por uno de mis amigos? ¿Verdad?

De nuevo volvió a sonreír, esta vez fue un poco más notorio. Su sonrisa duró unos breves instantes y luego su rostro volvió a adoptar una expresión seria. Aquello me hizo sentir idiota, claro que aún estaba mi segunda hipótesis… pero no sería posible.

—¿Estoy… muerto? —pregunté, no pude reprimir el pequeño temblor en mi voz.

—No, no lo estás, y me alegra que esta vez respondieras escuchando tus instintos.

No sabía que responder, seguía sintiéndome idiota pero también en mi cabeza no dejaba de retumbar el hecho de que mi segunda hipótesis terminara por ser la correcta…

—¿En serio eres la muerte? No —me respondí a mí mismo antes de que ella tuviera oportunidad de hablar—. No es posible, eso no tiene pies ni cabeza…

—Y, sin embargo, muy en el fondo sabes que es así —me interrumpió y volteo a verme.

Por un momento volvió a reinar el silencio en el salón de clases. Sentía que sus ojos blanquecinos miraban dentro de mí, sin embargo, tenía razón. Por algún motivo había pensado en la posibilidad de que se tratara de la misma muerte y ahora se estaba confirmando. Todo rastro de duda se estaba esfumando.

—Entonces —volví a hablar—. Si no estoy muerto… ¿Por qué estoy aquí?

Permaneció en silencio un tiempo más. No tenía idea de si estaba pensando en su respuesta o seguía intentando mirar dentro de mi ser.

—Solo quería hablar contigo. —Respondió al fin.

¿Y qué se supone que uno debería de hablar cuando tiene de frente a la santa muerte? Estaba convencido de que no estaba interesada en escuchar alguna anécdota de mis borracheras. Entonces, ¿hablar de qué?

Baje la mirada y comencé a pensar, pronto me convencí de que no le preguntaría el día exacto en que moriría, sería una carga que nadie podría soportar. Tampoco estaba del todo seguro si sería buena idea preguntar sobre mis familiares fallecidos. En cuanto la idea vino a mi cabeza, las ganas de preguntar se volvieron intensas, pero no, no debía.

La muerte seguía de pie, sin decir nada más, tenía una paciencia infinita. Debía decidirme de una vez.

—Permíteme ayudarte un poco —empezó la muerte, sacándome de mis pensamientos—. Cuando tenías siete años tu madre fue sometida a una cirugía de la que no sabías si ella saldría bien. El miedo en ti se intensificó, aunque solo fueras un niño, el miedo te carcomió durante mucho tiempo hasta que viste que tu madre se recuperó y volviste a sentir que todo estaba bien. Cuando tenías catorce años casi eres víctima de un atropellamiento. Cruzaste la calle y solo un segundo hizo la diferencia para que no terminaras arrollado por un auto. —Se quedó en silencio unos momentos, y al ver que seguía sin articular palabra prosiguió—. Cuando tenías dieciocho lloraste por la muerte de tu abuelo, quien estuvo presente desde tu nacimiento, fue un golpe duro para ti. Y este año tuviste que enterrar a tu mascota debido a que alguien lo había lastimado y no pudo sobreponerse a sus heridas debido a su avanzada edad. ¿Me equivoco?

No respondí, todo aquello era verdad. Me convencí de que, por esa razón, no me quitaba los ojos de encima.

—¿Me vas a decir algo dramático como que has estado presente en todos y cada uno de esos sucesos? —pregunte sin pensar en la posibilidad de que mis palabras la molestaran.

—Es imposible estar en todos lados —dijo—. Miles de personas mueren cada día y no puedo presenciar todo. Tampoco puedo decidir quién vive o quién muere, esa es una decisión que se me escapa de las manos.

—Entonces… —reflexione mi siguiente movimiento, al menos podía sentirme más seguro sabiendo que ella no era capaz de determinar el día

de mi muerte—. ¿Cuál es tu propósito entonces?

—Mi único propósito es ver estas almas una vez han llegado al mundo de los muertos y decidir quienes irán al paraíso y quienes arderán en el infierno.

—¿El concepto del cielo y el infierno también es real? —era consciente de que a esas alturas era una pregunta estúpida, pero la conversación se tornaba interesante y ya no sentía pena por preguntar cualquier cosa.

—Sí, aunque no sé hasta qué punto sea conveniente que alguien como tú sepa todas estas cosas —permaneció en silencio un momento y se quedó mirando a la ventana—. Aunque tampoco eres el único que lo sabe, allá afuera existen personas que, de una forma u otra, han podido descubrir estas verdades. Algunos lo descubrieron y termino bien, pero otros… —volvió a centrar su atención en mí—. Otros no han sido tan afortunados.

No era el único. Eso en vez de hacerme sentir mal o algo por el estilo, en realidad provoco todo lo contrario; de alguna manera me hacía sentir mucho mejor el hecho de que hubiera más allá afuera; que otras personas tuvieran sus experiencias particulares.

—¿Qué significa exactamente que no han sido tan afortunados? —para este punto me sentía como un verdadero estudiante manteniendo una conversación cordial con uno de sus profesores favoritos.

—Me refiero a que afuera se mueven las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, cosas que serían mejor que permanecieran en el infierno. —Pude notar como arrugaba el entrecejo mientras hablaba—. Gente inocente ha muerto por culpa de esos monstruos.

Carraspeé un poco y empecé a formular la siguiente pregunta, esperando no romper alguna especie de regla.

—¿Existe la posibilidad de que diga algún nombre?

Permaneció en silencio mientras seguía consumiéndome con sus ojos blanquecinos. Me quedé esperando su respuesta, ya sabía que así era su manera de actuar; permanecía en silencio un tiempo y luego soltaba su respuesta.

—Hace no mucho —empezó—. Hubo una chica llamada Abril, era una buena persona. Cumplía con sus obligaciones en la universidad, era muy unida a su madre y quería a más no poder a sus amigas… pero —bajo la mirada—. Para su mala suerte, se encontró con un lugar muy malo, liderado por alguien que solo busca provocar dolor y sufrimiento a quien se cruce en su camino. Solo fue cuestión de días para que su vida se

tornara en una auténtica pesadilla. Lo perdió todo, presencio la muerte de sus seres queridos al mismo tiempo que sus sueños se hacían pedazos, para al final morir de una forma horrorosa —otra pausa—. Lo único que deseaba en ese momento era darle la paz que merecía, la paz que le fue arrebatada. Pero aquel individuo se me adelanto y se llevo su alma sin que yo pudiera hacer nada al respecto…

La historia que acababa de escuchar logro ponerme la piel de gallina, aunque no quiso decirme quién era el responsable de semejante tragedia, no era necesario pensar mucho para darse una idea. ¿Quién más ha tenido la mala fama de destruir la vida de una persona y llevarse sus almas?

Aquello logro volverme sentir asustado e inseguro. ¿Qué evitaría que yo fuese el siguiente en la lista del mismísimo diablo? ¿Cómo era posible que pudiera andar a sus anchas como si de una persona normal se tratase? La muerte tuvo razón en que había sido demasiada información para mí, decidí cambiar de tema antes de empeorar las cosas.

—Me cuentas estas cosas malas, y se nota que también te llega a afectar —me quede mudo unos instantes, era bastante extraño el hecho de que la misma muerte pudiera sentir algo parecido a la impotencia—. Pero dijiste también que existen otras cosas buenas. ¿Podrías contarme alguna historia que haya terminado bien?

La muerte volvió a levantar un poco la mirada y la sonrisa sutil volvió a formarse en sus labios.

—Hubo una ocasión en la que un chico ayudo a unas pobres almas en pena que rondaban por un cementero. La realidad es que todas las personas que han ido al paraíso tienen la posibilidad de regresar al mundo de los vivos. Ocurre en todos los cementerios. Pero aquel fue un caso excepcional debido a que el chico durante esa noche tuvo la capacidad de poder ver a las almas que estaban rondando por ahí. Al final fue lo suficientemente bondadoso para escuchar las penas de algunos individuos que se sentían miserables por haber sido olvidados por sus familiares y desde entonces se toma la molestia de limpiar las tumbas de estas personas para que se sientan mejor, darles a entender que él no los olvidara. El nombre de la persona es José Martínez.

El nombre no me sonaba de ningún lado, pero sin duda hubiera sido interesante el poder tener una pequeña charla con él y poder contar nuestras propias vivencias relacionadas con los fantasmas, o en mi caso, con la muerte misma.

Una duda más llegó a mí. La gente buena podía volver al mundo de los vivos, prácticamente ahí estaban todo el tiempo sin que tuviéramos

posibilidades de verlos, pero ahora quería saber sobre el lado opuesto.

—Entonces… ¿La gente que ha sido condenada al infierno también puede llegar a salir?

—Sí —respondió al instante, tu tono fue más frío de lo normal y me hizo sentir culpable por formular aquella pregunta—. Algunos han llegado a salir, pero sería mejor que no pudieran, preferiría que siguieran pudriéndose por toda la eternidad.

—Habías dicho que algunas personas inocentes son llevadas ahí y no puedes hacer nada para ayudarlos.

—Ellos son una excepción, fueron arrastrados contra su voluntad o fueron engañados con falsas promesas.

—Pero ¿y los que sí se lo merecen?

Una vez más bajo la mirada y reflexiono en silencio.

—Existió un hombre llamado Stewart Smith —empezó a relatar—. Era un hombre asqueroso y cruel. Era un veterinario al que le gustaba devorar partes de animales, sin importar si eran domésticos o callejeros. Los devoraba lentamente; a los domésticos solo un poco para no levantar sospechas. Una vez un pobre niño lo descubrió y el hombre escapo, no sin antes masacrar al pobre perro del niño y dejar su cabeza en la entrada de su hogar —levanto la mirada y solo pude notar furia en su rostro que poco a poco iba mermando—. Pero el destino siempre da muchas vueltas, el hombre falleció poco después y la pesadilla termino —me miro directo a los ojos—. Dime, ¿te gustaría que alguien como él tuviera el derecho de salir de vuelta a esta tierra?

Me parecía que había escuchado la noticia de ese sujeto, de cuando lo habían encontrado muerto. Aquello ocurrió hace años y sin duda había dado de que hablar en su momento. Lo que yo desconocía era lo que le había hecho a aquel pobre niño.

—¿Sabes que ha sido de aquel niño en la actualidad? —mi curiosidad se incrementaba mientras más sabia de gente con anécdotas igual o más extrañas que la mía.

—Con el tiempo logro superarlo hasta cierto punto y adopto a una nueva mascota. Pero jamás término de recuperarse, cada año visita la zona donde ocurrió la tragedia, supongo que es su recordatorio permanente. A veces cree mirar al fantasma de Stewart Smith, pero no es capaz de decidir si es real o solo un producto de su imaginación originado como

secuela por los acontecimientos vividos.

—Pero tú debes saber la respuesta.

Sonrió, esta vez de forma muy notoria, era una sonrisa burlona.

—Stewart Smith está ardiendo en el infierno, y ahí se quedará para siempre.

—¿Cómo es posible que algunos de ellos sean capaces de salir?

—Algunos lo hacen debido a sensaciones negativas extremadamente fuertes, como un enorme deseo de venganza. En algún momento habrás escuchado historias sobre fantasmas que atormentan y lastiman a uno o más individuos que vivan en una casa. ¿Me equivoco? Además, también existen otros cuya sed de sangre es tan fuerte que aún vagan por este plano intentando recrear viejas glorias. Y por último están aquellos que piensan que hicieron lo correcto, que fueron unos incomprendidos y se aferran a una imitación burda de la vida.

Escuche cada palabra con lujo de detalle, aunque lleváramos rato charlando, el interés no decaía.

—¿Alguna vez has pensado en la posibilidad de que haya otra manera de escapar? ¿Alguna que incluso tú desconozcas?

—Algo así —por primera vez desde que comenzamos a platicar empezó a caminar de un lado a otro, iba a paso lento, imponiendo en todo momento—. Existe una alternativa. En el infierno existe una ruta, solo algunos tienen la capacidad de cruzar. No sé mucho más, solo sé que al entrar olvidaras quién eres. Con ello el número de personas que se atreve a escapar por ese medio se reduce aún más. Quien sabe que otros horrores deberán de enfrentar en ese lugar. Incluso es posible que no sea tan malo en realidad y solo el miedo les impide averiguarlo. No tengo forma de saberlo.

Camino hasta la puerta, la túnica y capucha cubrían solo su cuerpo. Levanto una mano y toco la puerta.

—El tiempo se acaba —dijo de pronto—. Ha sido una conversación de lo más divertida para mí.

—Gracias… eso creo —respondí dudoso—. Pero aún no entiendo por qué he sido yo el que ha terminado aquí, hablando con la muerte.

—No hay respuesta para esas cosas —se giró y otra vez pude verla de frente, de pronto sentí el impulso de levantarme yo también—. Cada día ocurren todo tipo de sucesos. En el pasado surgieron eventos que escapan

de tu comprensión. Estás lejos de ser el que ha tenido la experiencia más increíble en este mundo —me analizo durante un instante—. Existen individuos cuyas historias te helarían la sangre. Pero si tengo que hacer una hipótesis, supongo que así estaba escrito. Has resultado ser una persona interesante, por lo que te daré un consejo.

—Espero que no tenga que ver sobre la fecha exacta de mi muerte.

Una vez más sonrió y se acercó un poco más hacia donde me encontraba parado.

—Ya he dicho que eso no depende de mí, pero tiene algo que ver hasta cierto punto. Durante este tiempo estuve observándote y me di cuenta de que allá afuera sueles ser una persona que se centra demasiado por sus familiares y amigos, y aunque me parece algo de admirar, en ocasiones tantos compromisos terminan por consumirte y olvidas de concentrarte en ti mismo. Sobre el cómo te sientes, en sí has realizado alguna de tus actividades favoritas. Respóndeme algo… ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un respiro solo para ti, lejos del mundo?

No quería darle la razón, empecé a excavar en mis memorias la última vez en que me concentré solo en mi persona, algo que valiera la pena en vez de solo emborracharme, y tras un rato me di cuenta de que era algo que no realizaba desde hace bastante tiempo.

—Para finalizar con mi consejo antes de desaparecer definitivamente. Cuando llegue tu momento de partir de este mundo, no sientas miedo, no utilices tus últimos momentos en este plano solo para asustarte pensando en lo que dejaras atrás o en cómo se sentirán tus seres queridos. Todo es parte del ciclo de los humanos, has el intento de pensar que viviste una buena vida, en vez de intentar arreglar en todo momento las vidas de los demás.

—¿Estás diciendo que me convierta en una persona egoísta y arrogante?

—No, solo estoy diciendo que busques un equilibrio.

Volvió a darse la vuelta en dirección a la puerta. Se acercó y la abrió con una facilidad que me resulto absurda y me hizo sentir ridículo por no haber sido capaz de abrirla antes. Fuera continuaba el intenso resplandor que no me permitía ver nada del exterior. Antes de salir la muerte me dedico unas últimas palabras.

—No pases tu vida preocupándote en todo momento por otros, sacrificando cosas tan importantes como tu propia felicidad. Y cuando llegue tu hora no sientas miedo, hemos hablado durante un rato y puedes

comprobar que mi presencia no genera terror, pese a la creencia popular.

—Fue una conversación bastante interesante, en realidad —respondí con sinceridad.

—Un último y adicional consejo es —avanzo dos pasos hacia la salida, apenas podía verla—. Que siempre tengas en mente lo que te mencione. Allá afuera hay fuerzas más grandes y cosas que incluso a mí se me escapan. Te recomiendo que si un día vez a un sujeto vestido como un vaquero, te alejes de él lo antes posible. Las apariencias engañan.

Después de eso siguió caminando sin detenerse, su silueta se fue perdiendo cada vez más en la luz.

Abrí los ojos y tomé una gran bocanada de aire, sentí que mis pulmones no habían estado operando durante horas. Me levanté de golpe y observe que me encontraba en mi habitación. Recorrí brevemente mi hogar esperando encontrar algo extraño, pero todo estaba en su lugar.

Cuando regresé a mi habitación me senté sobre mi cama y estuve pensando sobre lo que acababa de ver. ¿Había sido tan solo un sueño? ¿De esos que se sienten muy reales? No, estaba convencido de que no era así. Aquella conversación con la muerte fue real y no había nada que pudiese convencerme de lo contrario. De alguna manera había sido seleccionado para conversar con ella, debió de transportarme a alguna especie de limbo con forma de salón de clases y al irse pude regresar al mundo real.

En definitiva, puedo decir que ha sido lo más impresionante que me ha pasado en mi vida. Aquella plática no abandona mis pensamientos. En realidad, tras pasar un tiempo no lo siento tanto como una carga, siento que soy capaz de poder vivir con la información que se me brindo sin volverme loco, aunque mi idea de poder conversar con algunas de las personas que también han vivido experiencias extrañas se mantiene.

Lo último que me menciono la muerte fue que si veía a alguien vestido de vaquero saliera disparado. Hay veces en las que me pica la curiosidad y me pregunto que se traerá ese individuo entre manos o si al menos es humano. En cualquier caso, a veces es bueno alejarse del terreno pantanoso. También fui sincero cuando le dije que había sido una conversación agradable, tuvo razón cuando dijo que la creencia popular es ver a la muerte como una presencia maligna y peligrosa que solo trae dolor y horror a donde va. Pero puedo decir que es todo lo contrario. Su presencia me hizo sentir una paz y tranquilidad que jamás pude volver a experimentar, y también es capaz de opinar sobre el bien y el mal, como la gente mala merece pudrirse y como no es decisión suya que gente

inocente sufra.

También analicé el consejo sobre concentrarme en mí mismo de vez en cuando. Desde que tengo memoria he tenido esa necesidad impulsiva de meterme en la vida de otros, siempre queriendo ayudar en sus peores momentos, pero cuando yo he pasado por una mala racha el número de personas que está para mí se pueden contar con los dedos de una mano, por no mencionar que algunas de estas personas terminan generando más daño a otros. Supongo que tenía razón, necesito aprender a soltar ese tipo de compromisos que no me corresponden, o por lo menos buscar un balance, en vez de estarme autodestruyendo a largo plazo.

Una conversación de lo más interesante, sin duda alguna. Lo único que me queda es seguir viviendo y disfrutar hasta el fin de mis días. Sé que, en el momento en que llegue mi hora, no debo sentir miedo, porque será como volver a ver a una vieja amiga, aunque ella tal vez no me vea de la misma manera.

Quien diría que la muerte de vez en cuando también necesita charlar con alguien.